

lescas, hasta que lo obligó a retroceder, para situar los cuerpos un tanto desorientados en distintas partes de la cordillera.

Conocida por el Libertador esta expectativa de las huestes combatientes en Nueva Granada, reunió el 23 de Mayo sus principales Jefes en una choza infeliz de la Aldea Setenta, sobre el río Apure, y allí aquél arcópago carente de toda comodidad acordó la Libertad de esta nuestra amada Patria, e inmediatamente Bolívar lo participó con las mayores reservas a sus subalternos como Páez que debía continuar su actuación en Venezuela, y Santander que iba a ser el eje principal de aquella determinación.

Seguidamente, o sea el 24, se puso en actividad el movimiento acordado marchando con el Libertador 1.300 hombres de infantería repartidos en los Batallones Rifles, Barcelona, Bravos de Páez y Legión Británica y 500 jinetes en los Escuadrones Llano Arriba y Guías, pues el Húsares cuya marcha estaba también ordenada desertó, sin que este hecho produjera el más mínimo trastorno.

La fé era su guía sin menguarse nada: ni el crudo invierno, ni la escasez de comestibles, de vestidos, las enfermedades, ni la muerte misma destructora de hombres y animales.

En Tame se unieron el 12 de Junio Bolívar y Santander y en tal lugar hallaron los compañeros del Libertador alivio para tanta fatiga y recursos para amortiguar sus necesidades.

Cuatro fueron los principales Tenientes del Libertador en su magna empresa de libertar la Nueva Granada: los Generales Santander, Soublette, Anzoátegui, y el Coronel Jaime Rook, Jefe de la Legión Británica y todos ellos, inclusive el mismo Libertador, estaban en plena juventud, portantes de contextura atlética y complexión desafiadora de la adversidad en sus distintas manifestaciones.

El ejército unido se movió de Tame por Pore, que era entonces la Capital de Casanare, en lucha permanente con la inundación de las sabanas, la falta de recursos y la casi absoluta desnudez, pues en la generalidad de los soldados era el guayuco indígena su único vestido, el cual no los premunía de esa avasalladora ola de plaga inquietante que domina los Llanos, con especialidad en la época invernal, que fué por desgracia la que le tocó.

El 22 de Junio comenzó la extática sorpresa de los llaneros al ver por vez primera la cadena rocallosa de nuestras cordilleras y el

consiguiente ascenso de las breñas gigantescas de los Andes, erizadas de obstáculos en esas semisalvajes sendas que no merecían por ningún motivo el nombre de caminos. Su asombro crecía al contemplar la sucesión de rocas poseídas a cada movimiento escalante por relativa intensidad de frío, el cual les era absolutamente desconocido, produciéndoles aturdimiento que unido a la fatiga y demás penalidades terminó matando mucha gente.

Las cabalgaduras perecían de flaqueamiento por innumerables causas, en términos que Santander mucho tiempo después exclamaba como poseído de pánico: "Tiemblo de acordarme del lastimoso estado en que he visto ese ejército que nos restituyó la vida. Un número considerable de soldados quedó muerto al rigor del frío en el páramo de Pisba; un número mayor llenó los hospitales y el resto de la tropa no podía hacer la más pequeña marcha. Los cuerpos de caballería, en cuya audacia estaba librada una gran parte de nuestra confianza, venían sin caballos y sin monturas; las municiones de boca y guerra quedaron abandonadas, porque no hubo caballería que pudiese salir, ni hombre que se detuviese a conducirlas. En la alternativa de morir víctimas de frío, preferían encontrarse con el enemigo en cualquier estado."

El ejército era un cuerpo moribundo.

El 27 de Junio la vanguardia patriota se abrió paso al interior venciendo la formidable posición de Paya y desde allí el Libertador dirigió su proclama a los Granadinos participándoles su determinación libertadora, la que fué acogida con indescriptible júbilo y entusiasmo. El 6 de Julio llegó el ejército a Socha en lamentabilísima situación, pero en pocos días descansó y se rehizo, debido más que todo a la solícita hospitalidad que sus habitantes le prodigaron.

En esa comarca fué donde Bolívar puso de relieve sus grandes energías y sus imponderables dotes de organizador inventándolo todo en minutos, cuando hacía largo tiempo venía observando el vacío hasta en lo esencialmente necesario. Por fortuna su vivacidad festiva impidió siempre que sus soldados tradujeran en su ánimo siquiera una sospecha denunciadora de adversidad. Esos son los genios señores, que no se amilanan ni se dejan amilanar por fútiles incidentes, ni aun por el recrudescimiento de la fatalidad.

El jefe realista con la tercera división española que tenía su

acantonamiento en Sogamoso con 1600 hombres, y diseminados los demás cuerpos en la cordillera para cubrir los principales puntos de salida de los llanos, se movió sobre Gámeza y Corrales, donde no le fué posible sostenerse, teniendo que desandar para situarse en la inexpugnable Peña de Tópaga. Como aquí fuera muy inquietado por los patriotas evacuó tal punto y ocupó otro más ventajoso de los molinos de Tópaga, en donde tuvo lugar el 11 de Julio un reñido combate de ocho horas, avanzando las huestes independientes hasta Chámeza, para el día siguiente retornar como medida estratégica a su cuartel general que estaba en Tasco.

De súbito Bolívar en marcha precipitada vadeó el Chicamocha y se presentó en el valle de Cerinza, con lo que le produjo tal desorientación al ejército español, que abandonando sus formidables puntos de combate optó como medida salvadora la inquietante de marchar sobre Tunja a interceptar cualquier movimiento patriota sobre la entonces Santa Fe, capital del Virreynato.

El 25 de Julio a medio día en una de esas atrevidas maniobras competentes del Libertador, el ejército español se vió obligado a combatir en el Pantano de Vargas, en donde los patriotas llevaban perspectiva fatal debido a sus malas posiciones que eran generalmente dentro de un valle pantanoso, pero el éxito coronó sus sienes, gracias al temible arrojé del bizarro Coronel Juan José Rondón, jefe de un escuadrón de llaneros, que como un Centauro, al oír la voz de Bolívar que le dijo: «Coronel salva Ud. la Patria» se arrojó y despedazó cuanta caballería e infantería española encontró, secundado por el Teniente Coronel Lucas Carvajal que hizo igual cosa sobre el camino principal.

Esta refriega le costó al ejército del rey la pérdida de más de 500 hombres y muchos elementos de guerra, mientras que la de los patriotas en personal no fué sino una quinta parte de aquella, contándose la muy sensible, producida por la muerte del Jefe de la Legión Británica Coronel Jaime Rook. A dicha Legión por su bravura le concedió Bolívar la condecoración de la Estrella de los Libertadores.

Llega el 7 de Agosto sin ningún otro hecho marcial porque después del 25 el ejército español rehuyó toda provocación,